

bien sus medidas, que se apoderaron de las riendas del gobierno tan pronto como hubo cerrado los ojos el emperador. Catalina, muchacha huérfana, en otro tiempo salvada de las llamas en el sitio de Mariemburgo, en 1712, había sido criada por caridad y casándose luego con un soldado sueco. Habiendo llegado á ser la querida de Menchikof, pasó desde los brazos de éste al trono de Rusia, á donde le había llama-

do el amor de Pedro el Grande. A la muerte de éste, el afortunado Menchikof, á quien Catalina lo debía todo, fué encargado de la alta direccion de los negocios públicos, y el gobierno no perdió nada de su fuerza. Los principios de este reinado fueron notables además por la sumision de la Georgia, cuyo príncipe se entregó al imperio de Rusia.

La princesa Ana, hija mayor de Pedro y de Catalina, re-



Catalina II.

cibió por esposo al duque de Holstein; este matrimonio naturalmente debió causar mucha inquietud á la Dinamarca, dejando adivinar así la emperatriz su proyecto de restablecer aquel príncipe en ella; empero Catalina no vivió lo bastante para poder llevar adelante sus planes.

SEGUNDA SERIE.—1863.

Algun tiempo despues de su advenimiento al trono, cayó en un estado de languidez, segun dicen algunos historiadores, por el uso escensivo del vino de Tokay y de licores fuertes. Murió el 23 de mayo de 1727, á la edad de treinta y ocho años

AÑO XXI. 36

Para prevenir las consecuencias de la ley de Pedro el Grande sobre sucesión al trono, Catalina había hecho un testamento en el que elegía por sucesor á Pedro, hijo del desgraciado Alejo, declarando que si moría este príncipe sin hijos, pasase la corona á la princesa Ana, esposa del duque de Holstein, y á su posteridad; en su defecto designaba á Isabel y despues á Natalia, hija de Alejo. Débese á esta emperatriz la fundación de una Academia de ciencias y la institución de la orden de San Alejo Neuski, cuya idea había tenido su marido Pedro.

(1727—1730). A consecuencia de las disposiciones del testamento de Catalina, Pedro, de edad de doce años, debía hasta los diez y seis permanecer bajo la tutela de un consejo de regencia compuesto de la princesa Ana, de Isabel, del duque de Holstein, de Menchikof y de cinco senadores. Pero el ambicioso Menchikof, que quería casar una de sus hijas con el joven emperador, se apoderó de toda la autoridad, y del mismo príncipe; se alojó en su palacio, y obligó al duque y la duquesa á alejarse de Petersburgo.

Sin embargo, un rival peligroso para Menchikof, tomaba sobre el carácter de Pedro el mayor ascendiente, era el joven Juan Dolgorowski, por cuyas intrigas Menchikof, desde el apogeo de la gloria y del poder, vino de repente á caer en el último grado de la miseria y del infortunio. Condenado á terminar sus días en Berezos, bajo el mas duro clima de la Siberia, aquel favorito tan insolente, tan audaz en la prosperidad, mostró una grandeza de alma y una resignación poco comunes en la desgracia.

El pobre emperador al cambiar de favorito, no había hecho mas que cambiar de señor; los príncipes Dolgorowski reinaron en efecto bajo su nombre, é hicieron que se casase con una princesa de su familia. Acababan de celebrarse los desposorios con la mayor solemnidad, cuando Pedro II murió repentinamente de viruelas el 29 de enero de 1736, á los quince años. Bajo la administración de Dolgorowski fué bastante feliz la Rusia; la paz produjo la abundancia, y el comercio tomó un grande desarrollo á consecuencia de la entera ejecución del canal de Ladoga.

(1730—1740). A la muerte de Pedro II. el consejo y los estados generales, no deteniéndose á cumplir las disposiciones del testamento de Catalina I, (que hemos visto que, á falta de Pedro llamaba al trono á la duquesa de Holstein) resolvieron volver á sentar sobre el trono la rama primogénita, y ofrecerle á uno de los hijos de Juan V, hermano de Pedro. Mandaron diputados en su consecuencia á la Curlandia, gobernada entonces por Ana, duquesa viuda, é hicieron ratificar á esta princesa las condiciones por las cuales debía ocupar el trono. Las promesas que hizo Ana tendían á restringir la autoridad soberana y hacer un gobierno puramente aristocrático. Llegada á Moscu esta princesa, no tardó en rasgar la convención de Nistaw y hacerse declarar autócrata de todas las Rusias. Dominada por Biron, indigno favorito de baja ralea, que nada menos se decía que descendiente de la ilustre familia de Biron de Francia, la emperatriz Ana, aunque de carácter dulce y humano, hizo detestar su reinado por las crueldades, exacciones y tiranías del odioso Biron. Los Dolgorowski y los amigos de esta célebre familia, fueron sus primeras víctimas; hizo perecer en los suplicios mas de doce mil personas, y desterró mas de treinta mil. Provisto del título de conde, bien pronto fué impuesto como duque á la Curlandia, (1737) cuya no-

bleza algunos años antes había rehusado mirarle como caballero.

Despues de la muerte del rey de Polonia en 1735, la emperatriz que había prometido respetar la libertad de las deliberaciones para el nombramiento de un sucesor, sabiendo el apoyo que prestaba la Francia á Estanislao hizo entrar veinte mil hombres en Polonia, que se apoderaron de Varsovia, y obligaron al desgraciado Estanislao, cuya cabeza pusieron á precio, á buscar un asilo en el territorio francés, donde terminó sus días. Los ejércitos rusos conducidos por el célebre Munich, colocaron sobre el trono de Polonia al elector de Sajonia Augusto III, socorrieron al emperador Cárlos VI contra los turcos que vencieron, y dispersaron á los tártaros de Crimea.

Ana, hostigada sin cesar por Biron, á cuyo influjo no le fué dado sustraerse, no había pensado en tomar un esposo. Privada de hijos adoptó á su sobrina, la hija de su hermano mayor, Catalina, duquesa de Mecklemburgo. Esta joven princesa casada en 1739 con el príncipe Brunswick-Luisburgo, dió á luz al año siguiente un niño conocido con el nombre de Ivan VI, cuya corta existencia se vió sembrada de adversidades. Ana al morir le nombró su sucesor, aunque se hallaba todavía en la cuna, y con perjuicio del duque y de la duquesa de Brunswick designó por regente al ambicioso Biron. Ana, princesa débil y licenciosa, murió á la edad de cuarenta y siete años, despues de un reinado de diez años, el 28 de octubre de 1740.

(1740—1741). Este príncipe que pasó toda su vida en las prisiones, solo figuró un momento sobre el trono de Rusia. Biron, generalmente detestado, trataba con insolencia y desprecio al duque y á la duquesa de Brunswick. El general Munich, decidido partidario de Pedro y de la madre del emperador, hizo prender en medio de la noche al regente, y trazó el dibujo de la prision en que fué encerrado Biron. La regencia conferida á la princesa Ana de Mecklemburgo, esposa del duque de Brunswick, no pudo prevenir las conjuraciones en que iban á caer todos los miembros de esta ilustre familia.

La princesa Isabel, hija de Pedro el Grande, despertaba la simpatía de un numeroso partido. Su afición á los placeres no había apagado en ella su ambición al trono á que se creía llamada. Escitada por el embajador de Francia y el cirujano Lastoq llegó á adormecer la vigilancia de la regente, que no tenía la menor desconfianza de ella, y el 6 de diciembre de 1741 y á media noche, la duquesa, su esposo, el joven Ivan, el mariscal Munich y los príncipes partidarios de Brunswick, fueron presos y enviados al destierro.

Caido del trono el joven Ivan, sin haber saboreado sus delicias, fué encerrado en la fortaleza de Schlussemburgo, donde muy presto veremos cual fué su triste fin.

(1741—1761). Por una revolucion había subido al trono Isabel y podía temer verse precipitada de él por una contrarevolucion. El duque de Holstein, hijo de su hermana mayor, tenía derecho de reinar antes que ella. Para asegurar su corona y la paz del país llamó cerca de sí á su sobrino en 1742 y le designó por sucesor suyo.

Presto se descubrió una conspiración tramada por el enviado de la reina de Hungría para restablecer la casa de Brunswick. Se cortó la lengua á los principales conjurados, entre los que figuraban dos damas francesas, y despues de azotadas fueron desterradas á Siberia (1744). Isabel dió por esposa á su sobrino la hija del príncipe reinante de An-

halt-Zerbst, que abrazó la religion griega bajo el nombre de Catalina Alexiayan, que despues fué la emperatriz, madre de Pablo I.

En 1756 se hallaban en guerra los franceses y los ingleses; toda Europa tomó parte por una y otra potencia; Isabel, por odio al rey de Prusia que se había declarado en favor de Inglaterra, abrazó los intereses de la Francia, y permaneció durante toda aquella guerra su constante aliada, á pesar de los esfuerzos del gran duque su sobrino, cuya adhesion al rey de Prusia no tenía límites.

Murió Isabel el 29 de diciembre de 1761, á la edad de cincuenta y dos años, despues de un reinado de veinte y uno. A ella es deudora Moscou de su célebre universidad, y Petersburgo de su Academia de bellas artes.

Pedro III, nacido en 1728 de Ana Petrowna, hija de Pedro el Grande y de Carlos Federico, duque de Holstein Gottorp, fué declarado, como hemos visto, gran duque de Rusia en 1742 en el reinado precedente, siendo proclamado emperador de Rusia á la muerte de Isabel. Maltratado por el despotismo de los favoritos de su tia, había jurado el joven Pedro vengarse terriblemente de sus perseguidores; llegado al poder, olvidó las injurias hechas al gran duque y derramó nuevos favores sobre sus enemigos. Apasionado admirador del gran Federico, quiso prusianizar la Rusia, y estas innovaciones en un país tan amante del *statu quo*, le suscitaron innumerables enemigos. A pesar de sus bellas cualidades y del bien que hizo, su administracion tenia defectos.

Pedro III, que no inspiraba sino disgustos á su esposa, debió descubrir intrigas secretas que ignoraba. Preparábase á declarar ilegítimo á su hijo Pablo y hacerle encerrar con la emperatriz su madre. Pretenden algunos autores que tenia el designio de reconocer por heredero al joven Ivan, que vivia languideciendo en las prisiones de Schlussemburgo.

Sea de esto lo que quiera, Catalina concibió vivas alarmas y logró asociar á su fortuna á muchos hombres poderosos del senado, del ejército y hasta embajadores de las cortes extranjeras. El dia elegido para estallar la conjuracion fué el de las fiestas del emperador. Encerrado en su palacio de Oriembaun, donde recibia las felicitaciones de sus cortesanos, y de varias jóvenes mujeres de que se hallaba rodeado sin cesar, supo Pedro III de repente el triunfo de su mujer en Petersburgo. Agobiado y abatido por aquella noticia, no supo tomar ningun partido; entregado sin defensa á la generosidad de la que le destronaba, ésta permitió que aquel infortunado monarca fuese objeto de los insultos y de los ultrajes de una innoble soldadesca: en vano hizo una solemne abdicacion en favor de su esposa; fué encerrado en una prision, y al sexto dia estrangulado en ella. La emperatriz anunció que había muerto de un cólico hemorroidal.

(1762—1796). El reinado de Catalina II, es demasiado conocido para que entremos en detalles de los sucesos que le han distinguido. Se sabe que acogió á su lado á los asesinos de su esposo, que recompensó magníficamente á los hombres que la habían conquistado el trono, y que todos los partidarios del desgraciado Pedro III., fueron desterrados ó castigados con el mayor rigor. Muy pronto el joven Ivan, objeto de los temores de la emperatriz y de las esperanzas de los descontentos, por una de aquellas tramas odiosas, si es

cierto que Catalina la concibió, fué asesinado en su prision de Schlussemburgo á la edad de diez y seis años.

La Polonia, por muerte de Augusto II, se hallaba presa de las mas violentas facciones; la emperatriz, cuyas miradas políticas tendian á la invasion de aquel reino, aprovechó la ocasion para hacer sentir en aquel país desgraciado el odio que le profesaba hacia tan largo tiempo la Rusia. Arrogándose derechos de protectora, Catalina pareció contentarse en uno principio, con imponer á los polacos un rey de su eleccion. Catalina de concierto con la Prusia y el Austria, hizo ocupar el país por un numeroso ejército; los esfuerzos intentados por algunos confederados polacos para sacudir el insostenible yugo de los extranjeros, no hicieron mas que acelerar un primer desmembramiento, que arrebató á la Polonia de un solo golpe cinco millones de habitantes.

Las ventajas de los planes de Catalina, solamente se vieron perturbadas un instante, por la atrevida empresa de un célebre aventurero, Pugatscheff, que nacido sobre las orillas del Don, tomaba audazmente el nombre de Pedro III, el esposo desgraciado de la emperatriz, y levantaba á todos los descontentos y á los esclavos de las provincias meridionales en su favor. Batidos muchas veces por las bandas de este jefe de insurrectos los ejércitos rusos, dirigidos por el príncipe de Gallitzin, se consiguió, no obstante, disipar sus ejércitos, apoderarse de su persona y hacerle subir al cadalso.

(1779). Acababa de volver á encenderse la guerra entre Inglaterra y las colonias de América: Catalina, hábil política, adoptó el plan de una neutralidad armada en esta lucha en que Francia tomó parte, y donde resultarían tantos inesperados acontecimientos. No teniendo nada que temer de las potencias europeas, divididas todas en sus intereses, volvió sus miras hácia el Oriente; un inmenso ejército, mandado por Potenkin, se apoderó de la Crimea, del Kouban, y obligó al sultan á ratificar esta nueva invasion. Estas ventajas, que apenas interrumpieron la expedicion del rey de Suecia, que parecia inminente y fué bien pronto reprimida, inspiraron á Catalina la idea de arrojar enteramente á los turcos de sus posesiones europeas. Batidos por todas partes estos, vieron caer en poder de los rusos Otchakoff, Kumburn, Kotchim, Ismailoff, donde perecieron treinta y cinco mil turcos (1792). Entretanto el aniquilamiento de la Polonia, proyectado hacia mucho tiempo por el gabinete de San Petersburgo, fué nuevamente resuelto. Una declaracion de guerra intimada á la dieta, decidió de la suerte de aquel desgraciado país; los heroicos esfuerzos del intrépido Kociusko no retardaron sino algunos dias la marcha de Suwarow: todo el mundo sabe el sitio de Varsovia, las desgracias de Praga y el deplorable destino del trono de los Jagelones.

Victoriosa Catalina en todas partes, y dueña de la Curlandia, que declaraba definitivamente reunida á su imperio, acababa de entrar en la liga formada por la Europa contra la Francia, cuando la muerte vino á poner término á una vida tan llena de extraordinarios hechos. Colmando de presentes y de lisonjas á los Voltaire, Diderot y Dalember, llegó Catalina á persuadir á la Europa entera que merecia el nombre de Semíramis del Norte, que la había dado el autor de la Vida de Pedro el Grande. Juez tan imparcial como severo, la historia la proclamará grande soberana, condenando siempre los crímenes odiosos y las torpezas que mancharon su vida. Había reinado treinta y cuatro años.

(1796—1801). El gran duque Paulo I, proclamado emperador, marcó el principio de su reinado por un acto extraño y que dió la medida del respeto que tenía á la memoria de su madre. Hizo abrir el sepulcro del desgraciado Pedro, colocó el cuerpo de aquel príncipe en un lecho imperial con grande ostentacion y lujo, y le tributó de nuevo los honores imperiales, forzando á sus dos asesinos, que vivían todavía, á que fuesen los que dirigieran su entierro y la solemne ceremonia.

Pablo entró en la coalicion contra la Francia; las primeras victorias de Suwarow, que mandaba el ejército ruso, habian debilitado considerablemente sus fuerzas, y tuvo que enviar un refuerzo. Celoso Pablo I de derribar el gobierno que entonces regia los destinos de la Francia, suministró á la coalicion cuatro nuevos ejércitos que debían invadir aquel país, y de concierto con la Inglaterra reconquistar la Holanda; pero las ventajas obtenidas por Massena en Suiza y por Brune en Holanda, y sobre todo la batalla inmortal de Marengo, despus de la que Bonaparte envió sin rescate todos los prisioneros rusos, cambiaron muy pronto las disposiciones de Pablo; su instinto de déspota le hizo verosíblemente adivinar en Napoleon el monarca absoluto, bajo cuyo cetro se habia muy presto de inclinar la Europa entera. Mostrábase dispuesto á tratar con la república y aliarse con ella contra Inglaterra, cuando pereció víctima de una odiosa conspiracion.

Engañando la vigilancia de los centinelas de su palacio, los conjurados dirigidos por Platon Zouboff, uno de los últimos favoritos de Catalina, se introdujeron de noche en número de sesenta en el palacio de San Miguel, donde descansaba el emperador: el objeto confesado por los conjurados era obligar á Pablo á abdicar en favor de Alejandro, su hijo primogénito. Sorprendido en su cama, el desgraciado monarca rehusó firmar su ignominia, y reconvino á los sicarios, echándoles en cara su crimen y su audacia: uno de ellos, el hermano de Zouboff, se precipitó sobre su víctima y le rompió el brazo derecho; inmediatamente todos se lanzaron á la vez á herir, y hostigado por el número cayó Pablo traspasado por cien heridas, maldiciendo á sus verdugos y pronunciando el nombre de Constantino, cual si quisiese encargar á éste el vengarle. Despues de haberle agobiado de ultrajes y malos tratamientos, uno de sus edecanes, Argamakok, desató su faja, distintivo de su grado, se la echó al cuello á su soberano y le ahogó, terminando así su suplicio. Este horrible atentado se verificó en la noche del 23 de agosto de 1801. Todo el mundo se compadeció de este príncipe, á quien, sin embargo, hay que echar en cara algunos defectos y muchas extravagancias, un carácter sombrío y desconfiado, grande inclinacion al despotismo y miras políticas bastante limitadas; pero recordábanse los vicios de su primera educacion, el alejamiento en que le habia tenido su madre, la perpétua contrariedad en que habia vivido bajo su reinado, y por último, las disposiciones que mostró al subir al trono, sus proyectos de mejora, su economía, su moderacion y la pureza de sus costumbres, cualidades todas preciosas para un soberano, que contrastaban muy particularmente con los desórdenes del reinado anterior.

(1801—1805). Los extraordinarios sucesos del reinado de Alejandro, sucesor suyo, pertenecen demasiado á la historia contemporánea, para que podamos estendernos sobre ellos. Es sabido que se formó una tercera coalicion bajo los

auspicios de la Inglaterra, en la que la Rusia tomó una parte activa, que vino á fracasar, y disolverse en las llanuras de Austerlitz. Un cuerpo entero de treinta mil rusos desapareció en las aguas de un lago helado, en el cual imprudentemente se habia metido. Aunque vencida, la Rusia volvió á entrar muy presto en campana.

(1806). El triunfo de Jena no entibió el celo del czar; las jornadas de Tzarnovo, Pultusk y de Golinin, insignificantes en su resultado, ocasionaron la batalla de Eylaw, la toma de Dantzick, la victoria de Friedland, y muy pronto, por último, el célebre tratado de Tilsitt.

(1809). En paz con su temible adversario, quiso Alejandro ejecutar sus proyectos con los turcos. Numerosos sucesos, balanceados sin embargo por algunos reveses, parecían deber ocupar bastante á la Rusia para que no pensase su soberano en descontentar al vencedor de Austerlitz: no obstante, infracciones verdaderas ó supuestas de aquel tratado, motivaron de repente la increíble y gigantesca expedicion de 1812. Sabido es su resultado; esta guerra, la mas política, la mas europea de las de Napoleon, tendia á herir por una parte á la Inglaterra, ese irreconciliable enemigo de la Francia, y por otra al gigante del Norte, hoy el espanto de los pueblos y de los reyes. Tomaron parte en ella una multitud de naciones, que á pesar de su oposicion al autor y de las desgracias y derrotas, no se separaron de él hasta que se halló en Francia. Llegaron los franceses á Moscou y lo incendiaron; empero en su funesta retirada pereció todo el ejército víctima de los crueles frios de aquel invierno, uno de los mas crudos que se han conocido en la Rusia. De vuelta en su nacion, despues de haber ocupado á París, y privado del trono á Napoleon Bonaparte, confinándole en la isla de Santa Elena, recibió el emperador Alejandro el título glorioso de padre de la patria, y quiso justificar el amor de su país reconstituyendo las instituciones del gobierno y de la administracion. Abandonando los caminos seguidos por sus antecesores, que no reinaban sino por el terror, tuvo la ambicion de reinar por beneficios, que le adquirieron el amor de sus súbditos; animó y protegió el comercio; mejoró sensiblemente la administracion del imperio; se declaró protector de las artes y de las ciencias, colmando de beneficios, no solo á los sábios de su país, sino á cuantos honraban los diversos pueblos de Europa. Dió una constitucion á la Polonia; emancipó un gran número de siervos y fundó numerosas colonias militares. Como uno de los principales miembros de la Santa Alianza, en el Congreso de Laybach (1820), y de Verona (1822), cuando estalló la revolucion en España y en Italia, trabajó de concierto con los otros príncipes signatarios de aquel tratado, en reprimir los movimientos que se manifestaban en el Piamonte, en Nápoles y en España. Hallábase ocupado en visitar los gobiernos de sus vastos Estados, cuando murió de repente en diciembre de 1825, en Tangorouk. Sucedióle en el trono Nicolás, hijo tercero de Pablo. Alejandro murió sin hijos; el trono en consecuencia parecia deber ser ocupado por Constantino, el mayor de los hijos de Pablo, virey de Polonia, conforme á los tratados de 1815; empero una renuncia de éste, confirmada por Alejandro al morir, llamaba al trono al gran duque Nicolás. La Rusia no es un país donde la verdad pueda conservar toda la franqueza de su expresion; quedó dudoso que la renuncia de Constantino fuera espontánea, y sincero e. desinterés de Nicolás. Sabido es que á despecho de las

insinuaciones oficiales ú oficiosas de los periódicos, la malignidad pública penetró algo; se llegó en esta época tan lejos como era posible; el género de muerte de Alejandro pareció á muchas gentes un problema, y hasta se sospechó un crimen; pero aunque acordes en la posibilidad de una muerte violenta, no estaban lo mismo ni sobre la causa, la naturaleza, ni los efectos de aquel atentado.

Es sabido que la aurora del reinado de Nicolás fué señalada por la manifestacion de un proyecto, que tendia nada menos que á cambiar la forma de gobierno y las institucio-



Vista de la costa del mar Báltico.

nes de la Rusia. Los conjurados trataban de dar al país una constitucion liberal; y en el momento mismo en que iba á prestar juramento la tropa, el 26 de diciembre de 1825, al nuevo emperador, varios regimientos amotinados se apoderaron de la plaza del palacio de Invierno, y victorearon á la

constitucion slava y Constantino. El emperador procuró apaciguar las tropas, y recorriendo con valor las calles seguido de sus parciales, ahogó en sangre aquella gran conspiracion con que se inauguraba su elevacion al trono.

Nicolás señaló el principio de su reinado con sábias me-

didas; empero apenas terminaba la pompa de su coronacion, le fué preciso rechazar las agresiones de la Persia (1826), que acababa de reclamar con las armas en la mano, la ejecucion del tratado de 12 de octubre de 1813, y la fijacion de límites á los dos imperios. Dos años de sucesos terminaron la cuestion en favor de la Rusia; los vencidos, además de una indemnizacion de veinte millones, tuvieron que ceder al vencedor los khannatos de Sivan y de Nakhischewan; con estas condiciones se firmó la paz de Toukman-Chef, el 22 de febrero de 1828. Mientras que se le creia absorbido por las guerras de Persia, Nicolás pensaba en sostener la independencia de la Grecia, ese drama moderno en el que estaba llamada la Rusia á representar tan gran papel, y en el que mostró tanta frialdad y egoismo. Firmóse un tratado en Londres el 6 de julio de 1827, entre Francia, Inglaterra y Rusia, para sostener la independencia de aquel país, y el 20 de octubre el cañon de Navarino proclamaba la libertad del Peloponeso. La Persia aprovechó esta ocasion para dar rienda suelta á su odio contra la Rusia.

Una nueva guerra, la mas terrible, la mas amenazadora tal vez para el imperio turco, estalló. Los rusos marchaban á grandes pasos hácia Constantinopla, y parecieron próximas á realizarse las esperanzas de Catalina II. Teniendo que hacer algunas reclamaciones contra la Turquía, y no habiendo obtenido satisfacciones de la Puerta, el emperador Nicolás hizo marchar contra el sultan un ejército imponente; avanzan los rusos á través de una poblacion que huye, y de hordas indisciplinadas que derrotan, las primeras ventajas fueron para Rusia, que tuvo de su parte el número, el valor y la disciplina; mas los turcos por la suya demostraron una admirable resistencia, y ser dignos de sus valientes antepasados despreciando la muerte. Brailow, que no era considerada sino como plaza de tercer orden, cayó el 20 de junio de 1828 en poder de los rusos, despues de una resistencia tan terca y obstinada, que los turcos mataron á sus enemigos mas de cinco mil hombres. Grandes dificultades quedaban todavía á los rusos; el primer antemural, el Danubio, lo habian pasado; pero el segundo, el Balkan, era el mas temible; allí era verosimilmente donde se hubiera decidido la suerte del imperio turco, que contaba en Europa trescientos setenta y cinco años de existencia, si la paz no se hubiese hecho entre Mahamud y Nicolás, firmándose en Andrinópolis. Este tratado tuvo grande influencia sobre los sucesos del porvenir.

Nicolás parecia creer ya asegurada la paz, cuando un nuevo movimiento inesperado derribó el edificio de la Santa Alianza. La revolucion francesa de 1830 fué para la Polonia la señal de la mas sangrienta de las insurrecciones, y Nicolás tuvo que vencerla. En el Cáucaso tambien se rebeló Georgia contra la Rusia, y hubo que sostener una guerra no breve para someterla. En 1853 quiso proseguir la obra que habia comenzado en 1828; y con motivo de la cuestion de los Santos Lugares de Jerusalem, declaró la guerra á la Puerta otomana, que, apoyada por Francia é Inglaterra, vino á combatir á Crimea, donde despues de haber perdido los rusos la batalla de Alma, el 20 de noviembre la de Balaklava; el 29 de la Inkerman, el 6 de noviembre, sitiado Sebastopol, defendido con el mayor denuedo, fue tomada esta plaza, abrasada por los cañones aliados durante trescientos veinte y dos dias, habiéndose rendido el 8 de setiembre de 1855. Nicolás habia muerto algunos meses antes (marzo de 1855);

su sucesor Alejandro II, hizo la paz con los aliados, siendo uno de los mas constantes amigos de Francia; hallándose dedicado hoy á reformas interesantes en su país, que le han de levantar á grande altura.

Cuando el emperador de Rusia se hallaba seriamente ocupado en desarrollar los elementos de verdadera grandeza que encierra en su seno y que hasta ahora no han sido desenvueltos, cuando trataba de fundar su prosperidad futura y ponía toda su solicitud en curar las llagas de que se halla afligido su cuerpo social, es decir, la insuficiencia de la justicia, la venalidad de los funcionarios, la degradacion del bajo clero, la condicion abyecta de la gran mayoría de los aldeanos, condenados todavía á la servidumbre de la tierra, la revolucion de Polonia ha venido á paralizar los esfuerzos del emperador, que por concesiones, hechas inevitables, hubiera podido poner término al desórden de su imperio. La insurreccion de Polonia, dirigida por un gobierno revolucionario invisible, y que por mas de un año resiste á las fuerzas todas del imperio ruso, es un imponente espectáculo en el que la Europa entera ha fijado sus ojos con una atencion proporcionada á la importancia de los resultados que de ella deben surgir. La insurreccion de Polonia ha escitado y reavivado las simpatías de naciones que ven en aquel desgraciado pueblo un pueblo que lucha por recobrar su independencia y por reconstruir un estado tan injusto como bárbaramente dividido entre sus poderosos vecinos. La insurreccion de Polonia puede producir la guerra universal de la Europa. Para evitar esta guerra y viendo que los recursos de la diplomacia han sido hasta ahora ineficaces para evitar la efusion de sangre, y los horrores que pesan hoy sobre la desgraciada Polonia antes de recurrir á las armas, y tal vez para justificar un día este remedio extremo, Napoleon III ha invitado á la Europa á reunirse en un congreso en donde se decida la suerte de la Polonia y se dé una solucion pacífica á las cuestiones que agitan hoy á la Europa. Muchas naciones, entre ellas nuestra España, han acogido la idea de un congreso europeo, proponiéndose contribuir en él á que no se altere la paz del mundo. La Inglaterra, rival eterna de la Francia, no obstante el *acuerdo cordial* con que parecen caminar unidas desde el establecimiento del imperio en Francia, se niega á la celebracion de este congreso. Las simpatías de la Francia están por la Polonia; la Inglaterra con su oscura política parece favorecer á la Rusia. La Europa no puede querer la ruina de la Rusia, empero la Europa quiere que la Rusia deje de ser una amenaza para ella. La civilizacion, de que el Occidente es la cuna y el foco, pide á grandes gritos que se separe este peligro permanente para la paz universal, y que no haya que preocuparse de la duda de si las naciones de hoy tendrán un mañana. La cuestion de la reunion del congreso europeo está preñada de sucesos grandes, inmensos, que pueden trastornar la faz del mundo y cuyo porvenir oculta hoy la Providencia con un espeso velo.

EL CONDE DE FAERQUER.

Es el mundo á mi ver una cadena,

Do rodando la bola,

El mal que hacemos en cabeza agena,

Refluye en nuestro mal por CARAMBOLA.

(Pensamientos de CAMPOAMOR.)

**ESTADISTICA NOTABLE.** La estadística matrimonial envuelve algunos datos interesantes relativos á la historia de la moralidad pública de Inglaterra. Existen 5,066 hombres casados que no han pasado aun la edad de los quince años, y mujeres casadas en la edad de trece á quince años existen 29,719. A la edad de los treinta años, pertenece el mayor número de personas casadas, y la vida matrimonial parece ser mas saludable á los hombres que no á las mujeres, por cuanto entre las personas que cuentan cien años de edad, hay 18 esposos y tan solo 9 esposas, mientras que entre los solteros de la propia edad, hay 6 hombres para 90 mujeres. Hay un joven de diez y seis años casado con una mujer de cincuenta años. De tres hombres con veinte años hay dos desposados con mujeres de cincuenta, y uno con una mujer que tiene ya ochenta años, 13 hombres jóvenes de veinte y cinco años, tienen mujeres de sesenta, dos de setenta, uno una de noventa años. Hay un caso, en que la mujer cuenta diez y nueve y el marido noventa y cinco años, otro en que un solteron de sesenta años, contrajo matrimonio con una solterona de cien años de edad. En la noche del día en que se practicó el censo, hubo nada menos que 404,703 casados ausentes de sus mujeres. El número de las mujeres solteras de quince años arriba, asciende á 404,773, y es en 80,000 mayor que el respectivo de los hombres solteros de la misma edad. En un todo, tiene la poblacion de Lóndres próximamente 200,000 mujeres mas que hombres.

### MAXIMAS MORALES, RELIGIOSAS Y SOCIALES.

En todos los tiempos y en todas las naciones se ha juzgado siempre muy útil y provechoso trasmitir á los venideros algunas máximas morales, religiosas y sociales, que pueden ser consideradas como el resultado de la experiencia mas consumada y de los preceptos fundamentales de toda filosofía, que se propone allanar la escabrosa senda, que conduce al templo de la justicia, de la santidad y de la gloria. Con este motivo hemos reunido las de muchos acreditados autores, tanto por la pureza de sus costumbres y de su vida ejemplar, como por su profunda sabiduría. Los lectores, pues, no tan solo encontrarán en este artículo un crecido número de máximas, que son fruto de nuestros estudios y de nuestra meditacion, sino tambien otras muchas, que hemos entresacado de las obras de algunos personajes tan insignes, que han merecido los honores del altar, como San Francisco de Sales y la ilustre Santa Teresa de Jesus. Otras las hemos extraído del venerable Kempis, de Pascal, de Franklin y de Silvio Pellico, hombres que han llegado á colocarse en un puesto preferente por sus virtudes y la escrupulosa observancia de los preceptos de la mas refinada moral. Considerando, sin embargo, que Franklin no fué por su desventura católico, nos hemos limitado á transcribir únicamente de entre sus máximas las que no tienen ningun punto de contacto con la santidad de los dogmas católicos.

Algunos eminentes escritores, que han reunido máximas y sentencias de varios géneros, las han dividido en párrafos ó capítulos, comprendiendo en cada uno de ellos las que decian relacion con una sola materia, como por ejemplo la

moral, la política, la religion, etc. Nosotros no hemos adoptado este método, porque nos habria obligado en los estrechos límites de un breve artículo á repetir muchas máximas de un mismo autor, colocadas en distintos párrafos ó capítulos. No queremos, además, pasar por alto, que las máximas sueltas se quedan impresas en la memoria con mayor facilidad que las que son el resultado de un raciocinio rigurosamente lógico, porque entonces las máximas se trasforman en una serie de raciocinios, que se olvidan con frecuencia.

### MAXIMAS.

No comais hasta entorpeceros, ni bebais hasta perder el sentido.

No habéis mas que lo que pueda ser útil á los otros ó á vosotros mismos.

Evitad las conversaciones ociosas.

Que en vuestra casa cada cosa tenga su lugar; cada negocio su tiempo.

Resolveos á hacer lo que debeis, y no dejéis de hacer lo que hubiereis resuelto.

Los gastos que hagais sean únicamente para el bien de los otros, ó para el vuestro: esto es, que no malgastéis nada.

No perdais el tiempo, ocupaos siempre en alguna cosa útil: absteneos de toda accion que no sea necesaria.

No useis de iníquos artificios: pensad con sencillez y justicia, y hablad como pensais.

No hagais mal á nadie, ya sea perjudicándole, ó ya omitiendo el hacerle bien, á que vuestro deber os obliga.

Evitad la cólera: guardaos de resentiros de las injurias tan vivamente como os parecen merecerlo.

Sed limpios en vuestros cuerpos, y en vuestros vestidos, y en vuestra habitacion.

No os incomodeis por pequeneces, ni por ocurrencias ordinarias é inevitables.

Imitad á Jesus y á Sócrates.

La tierra, que no es labrada, se cubrirá de abrojos y de espinas, aunque sea fértil. Sucede lo propio al entendimiento del hombre si se entrega al ocio y á la disolucion de las costumbres.

Hablad con comedimiento y respeto de los que ocupan los mas elevados cargos, porque no representan á un solo individuo, sino á todo el Estado, muy respetable porque es una gran fraccion de la humanidad. Si no podeis hablar bien de ellos, callaos. El silencio muchas veces es mas elocuente que las arengas de un orador.

Sed humildes y modestos, pero no sufrid jamas que otro ofenda vuestro honor hasta el punto de burlarse de vosotros, ó calificaros de cobardes.

Hablad con alegría moderada, porque la ostentacion de una gran seriedad es indicio de orgullo, así como una alegría fuera de lugar y desmedida es indicio de locura, ó cuando menos de ligereza de mente.

No reconvenid á vuestros inferiores sin discrecion, y acordaos que los hombres en campo raso son todos iguales.

No contradecid á nadie sin necesidad.

El que habla sin pensar lo que dice, será juzgado sin quererlo.

El que fija su atencion en menudencias y cosas incalcu-

lables, dá á entender que su ingenio es muy limitado, y se arrastrará siempre por el suelo como los gusanos.

El que repite á cada paso sus propias alabanzas y se jacta de ser docto, virtuoso y noble, es un necio que no posee ninguna de estas prendas, y si las posee, su vanidad se las oscurece.

Esforzaos en imitar á los buenos y procurad ser sus émulo; pero jamás sus rivales, porque la rivalidad es hija de la envidia y del orgullo.

Conversad con los que disfrutan de buena fama, porque dice el proverbio: «Dime con quien andas y te diré quien eres.»

Evitad la murmuración y la censura inoportuna, porque entrambas hablan al oído de vuestros enemigos.

No afirméis jamás lo que ignorais, ni pronunciéis palabras á la ventura, porque podeis encontraros sin saberlo con personas que tienen intereses opuestos á vuestros discursos.

El hombre que dá su parecer sin que nadie se lo exija, y que prodiga sus consejos sin que nadie se los pida, es un necio orgulloso.

No habéis con desprecio de los sacerdotes y de los otros ministros del culto, son hombres como todos los demás, y no están exentos de nuestras debilidades; pero su carácter es divino, y pensad que sin religion y ministros que cuiden del culto, el hombre sería muy parecido á los brutos.

Que nuestras acciones mas secretas sean puras, sencillas y virtuosas, si queremos conservar nuestra conciencia tranquila: los hombres juzgan y castigan las acciones exteriores, pero no podemos ocultar á la Divinidad nuestras pasiones y nuestros pensamientos.

El juez mas severo é imparcial es el público, y el que no disfruta de buena fama, no puede ser mas que un malvado.

Un hombre anciano, que pretende imitar á los jóvenes en la animación y ligereza de sus discursos, en seguir la moda en sus trajes, y en manifestarse afectado, ceremonioso y galante con el bello sexo, no merece burla sino piedad. Los jóvenes, por el contrario, que se esfuerzan en imitar á los ancianos en la práctica de las virtudes, son muy dignos de alabanza, porque se manifiestan no tan solo deseosos de lo bueno, sino tambien de un carácter fuerte, que sabe resistir al impulso de las pasiones.

La música y el baile exigen elegancia, y el segundo es propio de la juventud. Un hombre anciano, que baila ¿no os dá la idea de un buho, que pretende hacer un papel airoso en medio de un enjambre de pajarillos, que se distinguen por la belleza de su plumaje, y por su ligereza y gala cuando despliegan las alas? Un célebre escritor dice, que el viejo bailarín es comparable á los osos y á los monos. Es un gran testimonio de sensatez no separarnos jamás del lugar que corresponde á nuestra edad, y del que conviene á nuestra posición social.

Sometamos nuestro amor propio á la razón, y no olvidemos, que es el primero de nuestros aduladores. El que supone haberle puesto la brida, se engaña, porque el amor propio es un caballo desbocado, que no puede jamás sujetarse, su duración es tan larga como la de nuestra vida.

El ejercicio de las buenas acciones convierte al hombre en un héroe, las malas acciones rayan en la locura, y hacen al hombre despreciable.

Las pasiones, bien sean virtuosas ó vituperables, persuaden mas que los discursos de un hábil orador.

Es un gran rasgo de virtud la resignación en la desventura, porque es una prueba de que el espíritu vence á la materia. El hombre virtuoso no se contenta con compadecer los males ajenos, sino que se esfuerza en remediarlos. La indiferencia sobre los males pasados, ó sobre los que parecen inevitables con el decurso de los años, es el producto de una filosofía vulgar: resignarse con calma á los males presentes, es la prueba mas brillante de una filosofía cristiana.

Las virtudes de que hace alarde el hombre, que disfruta de todas las comodidades de la vida, no son mas, repetidas veces, que ostentación.

Sed verdaderos cristianos, y no temereis la muerte.

Cuidad mas de vuestro honor que de vuestra vida, porque esta última sin el primero se vé espuesta cada día á nuevas humillaciones, que amargan la existencia.

Huid de los hombres que, bajo el pretexto de una gran despreocupación, hieren de muerte los dogmas religiosos y los principios de la mas sana moral, y acordaos á cada instante de que la verdadera filosofía no puede separarse de la virtud.

Los jóvenes deben evitar con mucho cuidado la lectura de libros anti-religiosos para conservar su corazón puro. Estos libros son mas perjudiciales aun si salpican sus malas doctrinas con chistes maliciosos, que emponzoñan el alma.

No olvidad jamás que el libro mas santo y profundo es el Evangelio de Jesucristo. ¡Cuántas obras de varones ilustres están sepultadas hoy en el polvo de las antiguas bibliotecas! Pero el Evangelio no ha pasado nunca de moda, y los hombres mas impíos, que han pretendido desmentirlo, le han dado mas lustre. ¿No es esta una prueba brillante de su santidad, inseparable de nuestras necesidades? Para que el Evangelio se olvide, es menester que acabe la humana estirpe, porque esta no puede existir sin una guía segura que la conduzca por la senda de la virtud.

El hombre que ha perdido la fé religiosa, está en vísperas de perder la fé política y social. Un hombre dotado de sentido común puede llegar á persuadirse de que el impío, que no cree en Dios, crea en los hombres?

La incredulidad es mas perniciosa que la hipocresía, porque esta última encubre con un manto oscuro la irreligión, de la que la otra hace alarde: si queremos, pues, ser virtuosos, seamos verdaderos cristianos. La fé religiosa es la llave mas segura para abrir las puertas del gran Santuario en donde se encuentran todas las generaciones, adornadas de las virtudes sociales, que luchan contra el vicio.

Los jóvenes necesitan mas fé aun que los viejos, porque son el primer eslabón de una nueva generación, y tienen mas medios á su alcance para convertirse en modelo de las virtudes sociales.

Los que suponen, que algunas virtudes convienen mas á un sexo que á otro, se engañan miserablemente, porque la virtud no tiene mas que un solo aspecto, como la verdad.

El hombre que se entrega á los vicios, y se separa de la virtud, se rebela contra Dios, porque en vez de imitar á su Creador omniperfecto, contradice su voluntad, y viola sus leyes.

El hombre virtuoso es un cristiano ejemplar, porque en